

La economía cubana: hipótesis de futuro

Carmelo Mesa-Lago, Carlos Quijano,
Alberto Recarte, José Juan Ruiz, Carlos Solchaga

El pasado 25 de mayo, la revista *Encuentro* organizó, en colaboración con el *Instituto Universitario Ortega y Gasset*, la mesa redonda titulada «La economía cubana: hipótesis de futuro», en la que participaron cinco prestigiosos economistas que han seguido de cerca este tema. Los cubanos Carmelo Mesa Lago (Catedrático Distinguido de Economía y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh, y autor de numerosos estudios sobre la evolución de la economía cubana en la etapa revolucionaria) y Carlos Quijano (consultor de varios organismos internacionales, y hasta hace poco funcionario del Banco Mundial como Asesor Principal en la Oficina del Vicepresidente para la Región de América Latina y el Caribe); y los españoles Alberto Recarte (Consejero Comercial de la Embajada de España en Cuba de 1974 a 1978 y autor del libro *Cuba: economía y poder*), José Juan Ruiz (Secretario General de Economía Internacional y Competencia de 1991 a 1993, y miembro del equipo que asesoró al gobierno cubano de 1993 a 1995) y Carlos Solchaga (Ministro de Economía y Hacienda de España de 1982 a 1993, y director de dicho equipo).

La mesa se reunió en el Instituto Universitario Ortega y Gasset, presidida por Carlos Malamud, Director del Programa de Doctorado de América Latina Contemporánea de dicha institución, y Jesús Díaz, Director de *Encuentro*, quien asumió las funciones de moderador. Se invitó a un grupo reducido de especialistas a presenciar el debate e intervenir posteriormente, lo que dio lugar a un intercambio de opiniones que se prolongó durante más de tres horas.

Ante la imposibilidad material de reproducir la totalidad del material recogido, transcribimos a continuación, íntegras, las dos rondas de intervenciones de los cinco ponentes.

Es de lamentar que no haya sido posible la participación de algunos economistas de igual prestigio residentes en Cuba, cuyo aporte habría sido muy valioso. Desde estas páginas los invitamos a enviarnos sus puntos de vista, que sin duda enriquecerán el debate.

CARMELO MESA LAGO. Como el tema es tan amplio, yo voy a focalizarlo en el aspecto social, en el cual he trabajado durante 40 años. En 1989 Cuba se colocaba, en términos de sus indicadores sociales (con excepción de la vivienda que

siempre ha tenido un desempeño terrible bajo la Revolución), a la cabeza de los países de América Latina, con un par de excepciones en algún indicador. También Cuba lideraba al mundo socialista, incluyendo todos los países del bloque soviético. La crisis de los años 90, sin embargo, ha tenido un impacto devastador en los servicios sociales. Hay un consenso bastante grande entre los estudiosos de la revolución cubana de que ha sido exitosa, por lo menos hasta 1989, en el plano social, pero ha sido desastrosa en el plano económico. El problema actual es que todos los indicadores sociales se han deteriorado prácticamente en todos los niveles. Por ejemplo, el desempleo abierto (que en su punto más bajo en el año 1970 fue de 1.3%, o sea, prácticamente pleno empleo, pero escondiendo el gran problema, que era el subempleo) se ha estimado por la CEPAL, en el año 1995, combinándolo con el subempleo, en casi una tercera parte de la fuerza laboral. Además, hay que despedir entre 500.000 y 800.000 trabajadores que son innecesarios, lo que no se ha realizado hasta ahora por razones ideológicas, políticas y sociales. Otro indicador importante es la caída del salario real, el cual en 1995 estaba a la mitad del nivel de 1989. También el aumento de la morbilidad en enfermedades en las que Cuba había logrado indicadores de los más bajos en todo el hemisferio, por ejemplo, la tasa de tuberculosis se ha duplicado de seis a doce por cien mil, y la tasa de sífilis se ha incrementado de 82 a 105 por cien mil. Además, la matrícula en la educación secundaria se ha reducido de 1.073.000 a 674.000. y la matrícula en la educación superior se ha caído a la mitad, de 250.000 a 128.000. Esto se debe a la falta de incentivos para adquirir calificaciones que después no van a recibir una remuneración adecuada en el mercado, porque se prohíbe a los profesionales universitarios ejercer el trabajo por cuenta propia. Por último, los niveles de nutrición han declinado debido a la severa escasez de alimentos. El único indicador en que Cuba muestra una mejora constante es la mortalidad infantil (excepto en 1994) porque se continúa focalizando una buena parte del gasto de salud en reducir ese indicador que se considera internacionalmente como uno de los principales.

El gran problema que confronta y confrontará Cuba en el futuro es cómo proteger lo más posible los indicadores sociales, en una economía que inevitablemente se moverá más hacia el mercado. El coste de los servicios sociales en Cuba es el más alto de toda América Latina, y entre los más altos del mundo. Peor aún, mientras cayó el producto interno bruto, la mayoría de los gastos sociales han continuado creciendo, así que en 1993-1994 absorbieron una cuarta parte del PIB. Esto se agrava financieramente porque en Cuba la atención a la salud es gratuita, no se cobra, como en otros países, por atención o cotización mensual sobre el salario, sino que se financia por el presupuesto nacional. Los trabajadores tampoco cotizan al sistema de pensiones, sólo lo hacen las empresas (14% sobre la nómina). Hay una ley que establece que en el futuro se fijará una cotización de seguridad social a los trabajadores pero eso es imposible política, social y económicamente, debido a la severa caída en el valor real de los salarios. Cuba tiene un déficit de pensiones de seguridad social aproximadamente de un 60%, sin contar el de salud, lo que quiere

decir que cada año la cotización que pagan las empresas, tiene que ser subsidiada en un 60% del costo por el Estado a fin de cubrir el déficit previsional. Y esto cada vez va a ser peor porque hay un proceso de envejecimiento de la población, uno de los más acelerados en América Latina, conjuntamente con el del Uruguay. Mientras más envejece la población, la razón de los trabajadores «activos» (que contribuirán en el futuro cuando se establezca la inevitable cotización) en relación a los «pasivos» (pensionado será cada vez más baja, podría ser parecida a la del Uruguay: 1,5 a 1, o quizás peor, 1 a 1).

¿Cómo financiar ese enorme gasto? Yo sufro una pesadilla recurrente, que en una Cuba postcastro, me piden consejo sobre cómo reformar la seguridad social (pensiones y salud), lo que sería el reto más difícil de toda mi carrera. Les confieso que no tengo una fórmula preconcebida general, sólo ideas de cómo se pueden resolver algunos problemas. Por ejemplo, en las pensiones, Cuba goza de una de las dos esperanzas de vida más altas en América Latina, pero tiene edades de retiro que son entre las más bajas, 55 años la mujer y 60 años el hombre. Ésas son las edades de retiro que tienen los países más subdesarrollados de la región (que sufren la esperanza de vida más baja), pero hay algunos, como Guatemala, que exige 65 años para ambos sexos. Obviamente hay que aumentar la edad de retiro o jubilación, no hay otra alternativa. Otro problema financiero es que los pensionados reciben también atención médica gratuita. Por tanto, no sólo va a haber que establecer una cotización para la seguridad social a los trabajadores activos sino que, como en otros países de la región, habría que fijar una contribución modesta para la atención de salud a los jubilados y pensionados, lo cual es muy difícil, porque el monto de la pensión es muy bajo. Además, no hay reserva de ninguna clase en pensiones porque Cuba tiene el sistema de reparto más puro que yo conozco en todo el mundo: el 14% que pagan las empresas va al presupuesto nacional y después éste paga el costo de las pensiones, de manera que nada se guarda para reserva, no hay un fondo o capital acumulado. Hay que desarrollar una reserva, pero ¿cómo hacerlo con unos niveles de salarios e ingresos tan bajos? Quizá lo que habría que hacer sería una combinación de un régimen temporal de asistencia social para los grupos más afectados por la crisis, con un sistema mixto de pensiones basado en cotizaciones de seguro social y parte de capitalización individual, algo por el estilo al que existe en Argentina y en Uruguay. Habría tres niveles: un sistema de asistencia social para los pobres y, para el resto de la población, una pensión mínima garantizada por los empleadores, y una pensión complementaria financiada por un programa de capitalización plena individual para promover el incentivo a una cotización adicional del trabajador.

El problema de la atención de la salud es todavía más peliagudo, porque es un sistema completamente gratuito. Una de las contradicciones más absurdas de Cuba es que mientras en algún renglón del sector social ha habido un déficit enorme, como en la vivienda (en 1991 el déficit habitacional sobrepasaba un millón de viviendas), en el sector de salud (en el que los niveles eran muy altos) se invertían recursos crecientes. Ejemplos de esto son: el médico de familia, que tiene resultados positivos pero a un costo altísimo, y la excesiva

inversión para continuar reduciendo la mortalidad infantil que era del 9.4 por mil en 1995, la más baja de toda América Latina y el Caribe. Es necesaria, por tanto, una reasignación de los recursos de salud, para dar mucho más énfasis a aspectos que se han descuidado muchísimo, como por ejemplo, el sistema de agua potable y de alcantarillado, que se ha deteriorado enormemente y es crucial, así como mayor focalización en ciertos grupos de la población más afectados por la crisis, y en cierto tipo de enfermedades. Otro problema severo es el excedente de médicos, que se agravará en el futuro; una parte de ellos podría emigrar, o firmar contratos de trabajo en el extranjero, pero eso no resolvería el fondo del problema. Habría que autorizar a que el personal médico y paramédico ejerza su profesión por cuenta propia. Esto ayudaría al gobierno porque pagaría menos salario y, al mismo tiempo, la población con más recursos podría recurrir a la medicina privada, pagando de su bolsillo, a fin de recibir mejor calidad de atención, y promover un proceso de descentralización.

CARLOS QUIJANO. Complementando a Carmelo, yo me voy a concentrar en los aspectos básicos de un programa de recuperación de una Cuba postcastrista. Me gustaría empezar como telón de fondo, señalar que en los últimos 25 años han ocurrido cuatro grandes eventos en el mundo, eventos que Cuba tiene que enfrentar: uno es que se reconoce que las sociedades abiertas hoy día tienen que ser pluralistas; el segundo, es la difusión e implantación de una economía de mercado en un mundo globalizado, la tercera es justamente la globalización, y por último la revolución de las tecnologías de la información. La importancia de estos acontecimientos para analizar el desenvolvimiento de una Cuba futura es que por primera vez en la historia todo el planeta está organizado en un conjunto de reglas económicas y políticas en buena medida comunes. En ese entorno, la Cuba del presente es una nación devaluada e irrelevante. La economía cubana tiene más parecido con un campo de ruinas que con un centro de gravedad. Cuando se produzca el cambio, vamos a aprender, como aprendimos en todos los países del socialismo real, que prácticamente toda la información estadística oficial era engañosa, y de poca calidad. Las empresas estatales operaban con instalaciones de tecnología y económicamente obsoletas y el valor añadido era negativo. Había desempleo encubierto. Las infraestructuras (carreteras, ferrocarriles, telecomunicaciones) y los equipamientos básicos, (vivienda, agua, alcantarillado y salud) eran anacrónicos, o no existían. El deterioro ecológico era escandaloso y la productividad media apenas alcanzaba el 20 o el 30% de los países de economías de mercado.

Dadas esas circunstancias, mi proposición es que para integrar a Cuba en ese nuevo entorno la transformación económica equivale a un choque de oferta y que ese choque puede ser traumático. Y por lo tanto se corren riesgos. Ese paso no será fácil, pero puede ser el más corto. Afortunadamente, han pasado ya casi diez años de la caída del Muro de Berlín, y algunas lecciones se han aprendido. Y una de las fundamentales es que existe un acuerdo mucho más sólido acerca de las bondades de la economía libre, abierta y competitiva, basada en reglas de mercado. Y que el cambio económico tiene que

ser acompañado de un cambio político hacia una sociedad libre, abierta y democrática. En resumen, la legitimación del cambio económico en Cuba va a estar marcada por el ritmo hacia una sociedad más democrática. Una auténtica sociedad libre, no es una sociedad en la que sólo se defiende y promueve la libertad de orden económico, sino una en la que también existe plena libertad política y cultural. En consecuencia, es de primordial importancia establecer lo más rápidamente posible las bases para que sean las urnas los que decidan el futuro económico y político del país.

Ahora bien, ¿en qué consistiría un enfoque de choque desde el punto de vista económico? Los siguientes serían los puntos básicos de un programa de estabilización, liberalización, y reforma estructural: primero, moverse rápidamente hacia un presupuesto balanceado, cerrándole al estado la posibilidad de monetizar el déficit, estableciendo controles, a través de metas monetarias y control del gasto público, incluidas las subvenciones a las empresas estatales. En términos concretos, evitar la creación de dinero excesivo. Sin estabilidad monetaria el dinero no podría cumplir sus clásicas funciones de medio de pago o cambio, medida de valor, y depósito. Quizás una aclaración: cuando me refiero al déficit, estoy incluyendo el déficit del gobierno y el de las empresas del estado. En los países de economía centralizada, uno de los problemas financieros es el que los saldos entre las empresas es un problema de deuda pública y se convierte en un obstáculo en el camino hacia una economía de mercado. Segundo, elevar los precios de los servicios públicos (transporte, gas, electricidad, gasolina, etc.) a precios internacionales. Tercero, liberar todos los precios en todos los mercados en los que la competencia es posible y eficaz; de ese modo, conectar los precios internos de los bienes comercializables con los precios que rigen en el exterior. Cuarto, eliminar el control de cambio en las transacciones comerciales y financieras con el exterior. Introducir un tipo de cambio único y realista. Promover la convertibilidad externa de la moneda en el plazo más rápido posible. Empezar con un tipo de cambio sobrevaluado o subvaluado puede crear problemas. En síntesis, una política de cambio flexible. Quinto, liberar las tasas de interés y el mercado laboral. Sexto, liberalizar la entrada de capital extranjero. Al principio, solamente inversión directa que típicamente transfiere tecnología y capital a largo plazo evitando el impacto de la volatilidad de los movimientos de capital de corto plazo.

A nivel microeconómico e institucional, pondría especial énfasis en lo siguiente: Primero, constituir un régimen de propiedad privada, especialmente y de inmediato en la agricultura, junto a la libertad de contratación entre los agentes económicos. Segundo, legislar con rapidez para reprivatizar la economía y establecer los procedimientos judiciales a aplicar en casos de quiebra o suspensión de pagos. Tercero, reformar el sector financiero. En un primer paso otorgando autonomía real a un Banco Central, en un segundo, estableciendo la intermediación financiera a través de entidades bancarias públicas o privadas en un entorno de competencia. Y establecer una supervisión bancaria eficaz. La experiencia demuestra que la banca en los países que han regresado a la economía privada, se convierte en uno de los problemas mas serios Por lo tanto,

habría que establecer coeficientes de capitalización relativamente altos, superiores al 8% que requieren las normas internacionales. Cuarto, la creación de un régimen jurídico en conformidad con los postulados de un estado de derecho y los principios básicos de la economía de mercado. Y por último, la experiencia de estos 9 años también nos ha enseñado que la introducción de un programa como el que he indicado, incluyendo la liberalización de precios, tipo de cambio único flexible, etc., puede desencadenar serias reasignaciones e importantes bancarrotas en las empresas del estado. Lo más probable es que estas reestructuraciones causen de inmediato un aumento del desempleo, aunque disminuya eventualmente. Por lo tanto, una de las tareas inmediatas, como señalaba Carmelo, es establecer mecanismos de asistencia pública social, educación, salud, nutrición, pensiones. Reformar el sistema en una forma en que el gasto esté focalizado hacia los grupos más vulnerables y necesitados y estableciendo sistemas de compensación laboral, subvención al desempleo y programas de capacitación. En este sentido, las ayudas financieras internacionales, técnicas y alimenticias, oficiales o privadas, pueden ayudar enormemente.

En conclusión, los problemas de la transición hacia una economía de mercado parecen extraordinarios, inclusive habiendo socios externos dispuestos a ayudar. Además, la implementación de un programa como este no resuelve todos los problemas de la transformación de una economía en ruinas como la de Cuba, que en muchos aspectos son mucho más complicados que los problemas de los países latinoamericanos con cuyas economías yo he estado más vinculado. Para terminar, me atrevería a sugerir por lo menos cinco razones por las cuales el enfoque ortodoxo sería más efectivo en Cuba. Primero, recuerden que la burocracia en los países de economía planificada son unos expertos en control, que es grande, pesada, y sus controles se pueden convertir en el mayor obstáculo para una recuperación económica. Segundo, los fallos del estado suelen ser más costosos que los fallos del mercado. Tercero, el éxito de un programa de transformación depende básicamente de que la población esté completamente convencida de que las reglas del juego cambiaron definitivamente. Cuarto, que la experiencia demuestra que aquellos países que implementaron un programa de cambio económico rápido y profundo han logrado más éxito que aquellos que han implementado un programa gradual, excepto China, que ha implementado un programa gradual pero manteniendo un régimen totalitario, además de ser un país continente. Polonia, Lituania, Eslovenia, la República Checa, y el mismo Viet Nam, que ha tenido un programa de choque ortodoxo, y sin ayuda externa importante, han logrado una rápida recuperación. Y por último, Cuba es un mercado pequeño, y su única salida es integrarse lo más rápidamente posible a la economía mundial y competir en ese mercado.

ALBERTO RECARTE. Me gustaría añadir algo a lo que ha dicho Carlos Quijano, y añadirlo haciendo una aclaración. Creo que él ha propuesto una nueva constitución para un nuevo país sin historia. Como si la población no estuviera ahí. Coincido plenamente con todo ese planteamiento y todo ese programa, sólo que en el plano teórico, que es en el que estás, yo haría sólo una aportación.

Creo que no merece la pena tener moneda nacional. ¿Para qué hacer una moneda nacional, cuando sabemos de los problemas del *currency board* en economías tan abiertas y en las que probablemente entre el 70 y el 80% del comercio va a ser con Estados Unidos? Es inútil. Creo que, puestos a perfeccionar ese plan magnífico, yo eliminaría la moneda nacional. Dicho lo cual, a mí me preocupa mucho más que el postcastrismo propiamente dicho, la transición al postcastrismo, que es donde estamos y además tiene todo el aspecto de que va a durar tanto cuanto dure la vida de Castro. Entonces estamos hablando probablemente de 5, 10, 15 años. O un año.

Bueno, lo que sabemos de las economías socialistas es que efectivamente las estadísticas no existen y si existen no sirven para nada. Excepto quizá aquellas a las que hace referencia Carmelo Mesa Lago, las de obligaciones, de pensiones, porque eso seguro, eso sí está contado, el número de los pensionistas, el número de los enfermos, el número de las necesidades de la atención sanitaria. En cambio, las de la economía productiva como tal sabemos que no existen, o que los datos no son relevantes en ningún caso.

En la última revisión de la historia económica de la Unión Soviética de Alec Nove, que llega hasta 1991, lo más impresionante es que nada es relevante para la actual historia de las repúblicas socialistas. Nada de toda esa larguísima historia es relevante. Incluso los conocimientos de estructura económica no son relevantes. En cambio sí sabemos qué es lo relevante para el futuro: la formación profesional, la situación geográfica, los lazos políticos, culturales e históricos, los recursos naturales elementales, que en el caso de Rusia siguen siendo el petróleo y el gas, el oro y los diamantes, como lo fueron durante los 70 años de comunismo, y en el caso de Cuba, yo creo que son el sol, la playa y la población acogedora. Igual que en el caso de España en los años 50. Creo que por eso nadie tiene que ponerse colorado, por hacer uso de un recurso que uno tiene.

Creo que Cuba, además, tiene un problema adicional, que es la falta de infraestructura, porque no se ha invertido nada. Efectivamente no se ha invertido nada en viviendas desde hace prácticamente treinta y tantos años.

¿Qué sabemos de Cuba que nos pueda servir para el futuro? Pues la propia convivencia de las dos monedas quizá está haciendo que los precios en dólares ayuden a formar a la población y estén ayudando a formar precios que pudieran ser relevantes, pero el propio aislamiento de la economía cubana nos dice que probablemente esto ni siquiera es así. La enseñanza de Alec Nove en el caso de la Unión Soviética nos dice que sin un sistema de precios que sea capaz de asignar factores no sabemos absolutamente nada sobre el futuro. Creo que para el futuro los factores más relevantes son, por ejemplo, el peso que va a tener el turismo: los diversos estudios hablan de inversiones mantenidas en el tiempo durante bastantes años de entre 2000 y 3000 millones de dólares anuales en turismo. Creo que es perfectamente posible. Y sobre esa base tendrá que hacerse la transición. Y sobre las transferencias de los cubanos que viven fuera de Cuba, que hoy es la principal fuente de renta exterior del régimen, cerca de 900 millones de dólares netos que es mucho más de lo que aporta hoy el turismo a la economía cubana. Y lo demás, pues

muy poquito, porque yo creo que seguiremos lo mismo con el tabaco, el níquel, etcétera. Eso tiene sus límites, se podrá mejorar, pero poco más.

También sabemos que desgraciadamente el régimen no parece estar por ampliar el ámbito de la libertad económica personal; al revés, que más bien la tendencia es volver a limitarlo. Lo cual nuevamente nos priva de formación y nos priva de preparación de personas y de sectores para competir en el futuro. Yo diría que desde la desaparición de la Unión Soviética, no desde la caída del Muro de Berlín, creo que ahí es cuando Cuba empieza a cambiar. Durante cinco años el régimen cubano ha intentado mantener las estructuras como si nada ocurriera. Las estructuras políticas y económicas. En gran parte lo ha conseguido sobre la base de una brutal disminución del nivel de vida. Castro ha ganado en el sentido de que ha sido capaz de convencer a todo el mundo de que mientras él esté no va a haber ningún cambio profundo. Creo que lo que están haciendo los cubanos en el interior es adaptarse a esa situación intentando sobrevivir.

Lo que finalmente está terminando también por cambiar es la postura de todos los actores externos. De Estados Unidos en primer lugar: creo que es relevante la declaración del Consejo de Seguridad Nacional en el sentido de que Cuba ha dejado de ser un peligro militar. Es un primer paso para dejar de calificar a Cuba como un enemigo militar y que pase a ser lo que en realidad es, una terrible dictadura de muy difícil salida, porque además su sistema económico es especialmente perverso. Creo que vamos a ver pasos sucesivos, despolitizando el tema por parte de Estados Unidos. El principal problema para Estados Unidos se ha convertido en la posibilidad de recibir nuevamente alguna emigración masiva en el futuro de cubanos que huyan de la isla. Creo que veremos un levantamiento del embargo por sectores y poco a poco. En el caso de Europa, creo que vamos a ver también cambios. Los gobiernos europeos no van a dar mucho dinero, pero van a permitir que las empresas privadas que quieran arriesgarse en Cuba lo hagan. Y a mí eso me parece correcto. Cada empresa tiene que decidir si le interesa correr el riesgo de invertir con el actual régimen, bien sea para estar teóricamente mejor posicionada estratégicamente para el futuro, bien sea porque le es suficiente con los beneficios extraordinarios de monopolio que puede conseguir en esta fase. Al margen de las consideraciones éticas, creo que es perfectamente posible que esto ocurra y que vamos a ver bastante más de este tipo de inversiones. A mí me parecen positivas en estos momentos, cambiando una postura que he tenido durante muchos años. Porque aunque creo que no van a servir para desarrollar la economía cubana, y en definitiva casi todas las inversiones se van a convertir en ingresos corrientes del régimen, que se los va a gastar y los va a malgastar, quizá al menos ayuden a que el nivel de pobreza no se descienda excesivamente. A mí para el futuro de Cuba lo que más me preocupa es que el nivel de pobreza llegue a ser tal que se produzca un envilecimiento del sistema económico que haga después mucho más difícil la recuperación. Creo que en este momento quizás es el factor más importante y la principal amenaza para el futuro de Cuba.

Para hablar un poco de las relaciones hispanocubanas, creo que también en España vamos a ver cambios. El gobierno español ha empujado de hecho a

las empresas españolas a que vayan a Cuba y a que inviertan allí, a que examinen por lo menos el mercado, con lo cual, digamos que estamos en una gran contradicción en este caso. El gobierno español actual se encuentra, como todos los anteriores, en una situación difícilísima en relación con Cuba, con el deseo de ayudar a la población directamente, obviando el tipo de régimen que hay allí, ésto es muy difícil. Lo peor que podría hacer el gobierno español es exactamente lo que está haciendo en estos momentos, y es que está fomentando las inversiones españolas en la isla, pero al mismo tiempo, por lo menos en algún caso, está dando seguro político a esa inversión, con lo cual desnaturaliza el carácter de riesgo de la inversión, porque asegura el riesgo político. Creo que el que quiera invertir, que invierta, pero sin la cobertura política. El gobierno español, si tiene que dar algún crédito, debería darlo exclusivamente para infraestructuras, para temas que no tengan una implicación económica y política directa, que permitan el aprovechamiento por unos y otros. Ahí está el estado de las infraestructuras: inversiones masivas como temas de agua o saneamiento favorecerían directamente a toda la población. Creo que eso sería una aportación positiva en este momento que, como he dicho al principio, creo que desgraciadamente puede durar muchísimo tiempo.

JOSÉ JUAN RUIZ. Mi opinión la estructuraré en cuatro breves epígrafes: la dificultad de precisar el actual momento de la economía cubana y las condiciones internacionales que rodearán su previsible transición a una economía de mercado, la convicción de que el futuro de Cuba depende de los propios cubanos, mi visión normativa del modelo que yo elegiría para Cuba, y mis previsiones sobre el futuro a medio plazo de la economía de la Isla.

El punto de partida es que estamos intentando imaginarnos la Cuba post-Fidel sin saber exactamente cuál es el punto de partida, dónde está realmente hoy la economía cubana. Yo al menos, no soy capaz de precisarlo, dada la escasez de estadísticas fiables sobre Cuba. Por ello, debo confesar que sinceramente no sé si Cuba ha pasado ya el umbral que parece caracterizar la «Ley de Hierro» de las economías planificadas que han transitado a la economía de mercado —que el PIB se desmorone un 40%— o todavía hay margen para que el tamaño de la economía oficial siga contrayéndose.

Mi segunda observación es que Cuba será lo que quieran los cubanos que sea. No creo que exista ninguna maldición —o bendición— bíblica que imponga a la isla un único modelo de transición. Más bien tengo la sensación de que Cuba será lo que en un proceso constituyente los cubanos decidan, y no es descartable que éste ya haya comenzado. En todo caso, parece inevitable que los cubanos, de forma gradual o súbita, tendrán que dotarse de un nuevo marco legal —de un conjunto de normas y de reglas de juego— y que su futuro económico dependerá de la calidad de las instituciones políticas y económicas que sean capaces de crear, de la capacidad de los cubanos para seguir las reglas de juego que entre ellos convengan, y, de la credibilidad ante la comunidad internacional que consiga el compromiso de que van a ser capaces de honrar esas reglas de juego. A priori, uno pensaría que es más que

dudoso que las reglas sean desde el primer momento económicamente impecables. Si uno analiza qué es lo que ha ocurrido en otros países que han pasado por transiciones políticas similares a las que anticipamos que ocurrirá en Cuba, no es difícil constatar que lo primero que hay que asegurar es la convivencia democrática y el establecimiento de un sistema político que garantice libertades personales. Y esto, como demuestra por ejemplo el caso español tras la muerte de Franco, exige la construcción de consensos políticos y transacciones ideológicas que suelen resultar en el diseño, no del mejor modelo económico posible, sino del modelo económico que es políticamente viable. Aunque probablemente inevitable, esta situación crea un amplio margen para que el resultado de la transición no esté predeterminado.

Mi tercer punto es la Cuba que a mí me gustaría ver aparecer tras ese proceso de transición. La respuesta en este caso es inequívoca: a mí me gustaría ver a una Cuba integrada perfectamente a la economía mundial, es decir, abierta a los flujos de comercio, abierta a los flujos de inversión y de capital, y adoptando un patrón de especialización productiva que esté acorde con sus ventajas comparativas. Es decir, una Cuba que no fuera distinta al resto de la economía mundial. Difiero de la visión que Alberto Recarte tiene sobre la viabilidad de ese escenario, dada la cercanía de Estados Unidos. Evidentemente, Cuba va a desarrollar unos lazos muy fuertes con la economía norteamericana, pero tengo la sensación de que por insistir en los riesgos de la «dependencia» se pierde de vista la dimensión real de la globalización, y, sobre todo, se minimiza el papel que Cuba puede jugar en la economía iberoamericana. El futuro económico de Cuba va a depender mucho de cuál sea el modelo de desarrollo y de especialización productiva de Latinoamérica. Si el modelo hacia el que caminamos es el de una economía realmente globalizada, el concepto de «áreas de influencia» pierde mucho de su sex-appeal. Sobre todo, si Europa descubre el atractivo que Iberoamérica puede tener para su excedente estructural de ahorro, y compite con Estados Unidos por inversiones rentables en el área. En síntesis, no veo por qué Cuba tenga a priori que sentirse en situación de desventaja frente a otros países del continente. Por el contrario, es posible que, aunque sólo sea por su bajo nivel de partida, sus ventajas comparativas sean mayores que el de algunas economías del área.

Esto me lleva al último de mis comentarios: qué posibilidades de progreso tiene Cuba en los próximos diez o quince años.

Yo soy optimista por al menos tres razones. En primer lugar, porque los actuales niveles de renta per cápita son tremendamente bajos, lo que sugiere que hay un gran trecho de mejora por recorrer. En segundo lugar, porque esos bajos niveles de renta per cápita son básicamente consecuencia de una dramáticamente ineficiente asignación de los recursos, y, en consecuencia, mejoras —aunque sean marginales— en su uso eficiente tienen un enorme potencial de generación de prosperidad. Finalmente, porque estoy absolutamente convencido de que la isla va a tener una gran capacidad para atraer capital y ahorro externo, y ello no por razones «políticas», sino sencillamente económicas. Las entradas de capital externo dependen de la tasa de rentabilidad

esperada por parte de la comunidad de inversores, un cálculo en el que intervienen al menos dos factores: el riesgo de invertir en el área, y la calidad de las políticas macroeconómicas. Pese a que en la actualidad en ninguna de estas categorías Cuba es ciertamente un paradigma de la perfección, anualmente está recibiendo inversiones que, en porcentaje de su ahorro interno, son muy elevadas. Si pensamos en un proceso de transición en el que ambos factores mejoren, no veo ninguna razón por la que Cuba no pueda aspirar a recibir flujos de inversión externa en torno al 5% de su Producto Interior Bruto, lo que equivaldría al 10% de su formación bruta de capital anual. Si esas tasas se consideran posibles, bastará un periodo de siete años para recomponer el stock de capital productivo de la isla. No es el cuento de la lechera, es algo que ya se ha producido en otros países de Iberoamérica, un continente que desde que comenzó la década de los noventa ha recibido inversiones directas por valor de casi 200.000 millones de dólares.

Obviamente, la imagen simétrica de este escenario es que sobre la isla pesará, sobre todo en la primera fase, su escasa capacidad de generación de ahorro doméstico. Ello conducirá a que, si realmente se está invirtiendo al ritmo que debe hacerse para garantizar altas tasas de crecimiento económico, se generen elevados déficits de cuenta corriente que requieran, además de la inversión privada internacional, el apoyo de los organismos multilaterales. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano seguramente deberán tener una posición muy activa durante los primeros años, ya que es probable que tengan que cubrir alrededor de un tercio de las necesidades de importación de ahorro externo que exigirá la regularización de la situación internacional de Cuba.

Sobre el tema de especialización, yo creo que de la Cuba que estamos hablando es una Cuba de economía de mercado y, como decía antes, será una Cuba que estará basada en lo que los cubanos quieran y puedan hacer, y lo que los inversores extranjeros estén dispuestos a arriesgar. Yo no elegiría a los ganadores en este momento, aunque es muy probable que el sector turístico será un sector muy importante, que la agricultura seguirá teniendo un peso no despreciable, que el protagonismo del actual sector industrial se reducirá fuertemente, y que el sector de servicios se desarrollará con fuerza, sencillamente porque en la actualidad no existe como tal.

Por último, en los temas que Carmelo ha mencionado, el concerniente a la distribución de la renta y la riqueza es prácticamente inevitable: todo el proceso de transición hacia una economía de mercado conllevará una ampliación de la desigualdad. El problema es que, como antes señalaba, no sabemos cuál es el grado de «igualdad» real actual de la sociedad cubana, aunque sí es fácil intuir que la segmentación entre los que tienen acceso al dólar y los que no lo tienen ha hecho más a favor de la desigualdad que cualquier política imaginable de reestructuración económica, con la peculiaridad de que el lado del que te encuentres de la raya que separa la «abundancia» de la «escasez» no depende de tu esfuerzo personal, sino del azar o la discrecionalidad.

En todo caso, es evidente que la ampliación formal de la desigualdad es un problema que tendrá que ser manejado políticamente. Uno puede transitar hacia la modernidad con redes de seguridad, o sin redes de seguridad. En mi opinión, es muy poco probable que se produzca un modelo ultraliberal que dé prioridad a la primera de las opciones, entre otras cosas porque en Cuba existe un estado de bienestar. Por muy endeble que sea, existe. Los ciudadanos —que no se olvide que entonces ya serán votantes— tienen unas expectativas de educación, sanidad y pensiones que difícilmente sacrificarán. Y los políticos, por su propio interés y por el bien colectivo que supondrá garantizar la estabilidad social, tendrán que tratar de minimizar las expectativas defraudadas, y buscar fuentes de financiación más sólidas que las actuales, y esquemas que distorsionen menos los incentivos al esfuerzo personal.

Yo comprendo las preocupaciones que Carmelo Mesa Lago tiene sobre la financiación de la sanidad o de los mecanismos de pensiones. Pero estamos hablando de otra isla, estamos hablando de otro sistema económico. Es cierto que el actual sistema de bienestar, con la actual estructura económica y grado de eficiencia es inefinanciable. Pero, para bien de todos, lo que estamos anticipando es que la Cuba de dentro de diez o quince años será una economía más productiva, en la que el mantenimiento de una mínima voluntad de mantener la cohesión social debería ser capaz de posibilitar la financiación de las imprescindibles redes de solidaridad y redistribución. La solidaridad y el patrón de distribución de la renta y la riqueza que aparezca en Cuba, en definitiva, dependerá de cómo los cubanos definan los ámbitos de actuación del Estado y el mercado, y de cómo se diseñe el sistema fiscal del futuro.

Para concluir, pienso que hay un cierto riesgo, que personalmente siempre me ha impresionado mucho: los cubanos, —los del interior y los del exterior— suelen tender a pensar que el mundo vive pendiente de Cuba. Que la economía globalizada se compone de dos piezas: Cuba y el resto del Mundo (y, posiblemente, en ese orden). Y no es así. Cuba, al fin y al cabo, tan sólo es una economía de 12 millones de habitantes, con una renta per cápita baja, productora de bienes que pierden importancia estratégica en la economía mundial —azúcar— o tienen una amplia gama de ofertas alternativas —turismo—. En mi opinión, esto supone que para que Cuba sea capaz de atraer el interés y el ahorro externo de la comunidad inversora necesita «vender» algo más que «postcastrismo». Necesita tener normas que permitan a la comunidad inversora invertir de forma segura y rentable —para lo que sería muy conveniente que se entendiese que Cuba va «de la Ley vieja a la nueva Ley», a través de la Ley» no de la improvisación— que los cubanos sean lo suficientemente inteligentes como para comprender que hacia dónde va su economía y su sociedad es su «negocio», que nadie desde fuera va a resolverles los conflictos que inevitablemente van a aparecer, y que exista un inquebrantable consenso sobre cuál es el objetivo fundamental e irrenunciable del proceso de transición: el establecimiento de un sistema democrático. Si alguno de estos elementos se «olvida», a las frustraciones que ineludiblemente se producirán se añadirá una nueva: la de «sentirse» de nuevo traicionados por el mundo.

Pues bien, aunque a veces lo parezca, la economía globalizada no es un boleto, y sería bueno que los cubanos comenzaran a darse cuenta que para ser prósperos, tienen ya que comenzar a competir con el resto de las economías.

CARLOS SOLCHAGA. Yo trataría de comenzar haciendo algunas consideraciones sobre cómo puede ser el proceso de transición por comparación a la experiencia que ya hemos venido registrando en otras economías como las de Europa Central y Oriental, que han pasado desde una situación de autoritarismo y ausencia de mecanismos de mercado, no sin problemas y tampoco puede decirse que de manera ya definitiva e irreversible (aunque tiendo yo a creer que sí en lo que se refiere al segundo adjetivo), han pasado o están pasando, por decirlo así, a la posición de capitalismo más o menos desarrollado, al que seguramente habrá de pasar en su día Cuba.

La segunda cuestión que yo querría considerar es de qué tipo de capitalismo hablamos, porque ciertamente lo que nos importa, si queremos ser realistas, es determinar qué participación va a tener el estado y qué participación va a tener el mercado en la futura economía cubana. No es una cuestión tan solo de decir que las reglas del juego van a ser distintas, que van a predominar las orientaciones del mercado, que los precios se van a fijar libremente, que no va a haber restricciones en lo que se refiere a los cambios, los movimientos de capital, etc., etc. Sino en última instancia saber cuál es el modelo y a partir de qué libro lo estamos escribiendo. No estamos escribiendo *supra tabula rasa*. Estamos escribiendo sobre una historia que de alguna manera el pueblo cubano querrá hacer suya en lo que tenga de bueno y asimilarla; lo contrario sería una enorme desgracia histórica, el enorme vacío de una o dos generaciones que sienten vergüenza colectiva de lo que ha sido su historia durante una serie de decenios. Pues bien, ¿cómo podría ser ese país? Sobre lo primero trataré de reflexionar simplemente como he dicho antes, tomando en consideración por comparación con otros países lo que a mí me parece razonable, lo que el sentido común me dice. En lo segundo, inevitablemente habré de introducir los prejuicios que uno pueda tener sobre cuál es el tipo de mundo o de sociedad que le parece más razonable para la Cuba del futuro, cosa por la que no me voy a disculpar y en la que tampoco me voy a detener.

Bien, respecto de lo primero, antes nos decía José Juan Ruiz que las estadísticas no son tan fiables como para saber si la enorme recesión o contracción económica que acompaña la transformación de un sistema a otro y que se ha venido registrando de manera sistemática en todos los países de Europa Central y Oriental se ha producido ya en Cuba o no. Ésta no es una pregunta irrelevante, porque si se ha producido quiere decir que cualquier estrategia de transformación es un juego positivo. Nadie pierde prácticamente. Mi opinión es que se ha producido, y que se ha producido de sobra; que la contracción del Producto Interno Bruto en Cuba, si las estadísticas fueran las reales, seguramente se demostraría que no era inferior al 50% del valor de esta magnitud en el año 1988-1989. De manera que cualquier transformación económica que permita (mediante la extensión del autoempleo y del empleo por cuenta ajena, la

creación de sociedades anónimas o sociedades mercantiles de todo tipo, la extensión de una estructura financiera con sistemas de crédito, etc.) ir modificando la situación actual, crearía una situación en la cual la renta per cápita no puede sino aumentar y en la que aún, aceptando que puedan aumentar las desigualdades sociales (las diferencias de salarios entre quienes ganan más y quienes ganan menos), sin embargo esto no es incompatible con una mejora de la situación de marginación y pobreza de las capas de más bajos ingresos en estos momentos. Por eso digo que es una situación de ganar todos, no solamente en la media, sino ganar abajo y arriba. Y seguramente más aquellos que estuvieran en mejor disposición para aprovechar los cambios del régimen.

Una segunda cuestión importante es que el coste social, por tanto, ése que ya se ha venido registrando también en Rusia y en todos los países de la Europa Central y Oriental, será bastante menor, porque una vez más también el coste social se ha registrado ya. A decir verdad, la mayor parte de las prestaciones económicas propias de un sistema de bienestar ya no existen en Cuba. No existe un auténtico subsidio de desempleo, las pensiones son nominales, no son realmente unas auténticas ayudas para la supervivencia de las personas de la tercera edad.

Lo único que puede decirse que se ha desarrollado con alguna importancia en Cuba, como todos sabemos muy bien, es el sistema sanitario y el sistema de enseñanza. Ambos son públicos, gratuitos, universales, y a decir verdad, en la medida en la que han dispuesto de recursos, no necesariamente malos, y en el caso de la sanidad en algunos aspectos realmente muy buenos. No son sistemas particularmente ineficientes en cuanto a los resultados. Pueden compararse bien con otros sistemas de otras zonas, no solamente de América Latina, sino de otros países bastante más avanzados. Pues bien, a mí me parece que en estos sistemas que son los únicos que se habían desarrollado, el daño que han sufrido también ha sido enorme. Nos ha dado Carmelo Mesa, por ejemplo, algunos de los datos referentes a la morbilidad. En algunos casos nos ha hablado también de la reducción de la matrícula en la enseñanza secundaria, desde 1.073.000 hasta 674.000, o en la universidad, que lo hizo de 250.000 a 128.000. Naturalmente, cualquiera que haga hoy un análisis racional de inversión en capital humano se da cuenta de que no tiene ningún sentido prescindir de ganar algún dinero a título particular en el mercado informal del dólar, para ponerse a estudiar y ser mañana un profesor universitario o un abogado o cualquier otra cosa y ganar ciertamente bastante menos que un botones de un hotel que se las arregle para vivir con cierta inteligencia con los clientes del mismo. Pues bien, me parece que en estos renglones también cabría ser optimista. El coste social adicional va a ser muy pequeño. Eso no quiere decir que no van a aparecer nuevos paganos por el cambio y que no vaya a ser necesario antes disponer de algunos fondos de solidaridad para determinadas cosas. Pero mi opinión general es que el coste del cambio ya se ha padecido. La gente no va a tener la sensación, por el paso a la libertad y a la economía de mercado, de que derechos adquiridos van desapareciendo, se van licuando en una sociedad en la que prima el individualismo, el egoísmo, y

la falta de solidaridad, porque los derechos hace ya mucho tiempo que eran papel mojado, estaban escritos sobre el agua.

Dentro de lo que, sin embargo, hay que hacer en esta materia social, dos cosas habría que considerar: primero, es evidente que hay que mejorar la sanidad. Mejorar la sanidad significa seguramente reducir el excedente de médicos que hoy existen para cualquier sistema público, pero significa también, y aquí estoy ya introduciendo conceptos subjetivos, aprovechar un esquema público de asistencia sanitaria como el que existe, y mantenerlo bien, desarrollándolo de manera más eficiente. En segundo lugar, es absolutamente necesario mejorar la educación pero al mismo tiempo que habrá que reconocer la libertad de la oferta educativa, e incluso habrá que considerar que el acceso a la misma se haga en condiciones económicas iguales, lo que sí es evidente es que hay que aprovechar la red estatal de enseñanza pública para hacer de ella una auténtica escuela de democracia. Es decir, esa debe ser la nueva escuela republicana, de democracia y de libertad, de igualdad entre los ciudadanos y no es cuestión de tirar por la borda esa escuela pública que se ha creado. Habrá que transformar por el procedimiento que sea la mentalidad de miles de profesores, de miles de maestros, pero con todo y con eso yo estoy absolutamente persuadido de que ahí hay una ventaja de la que sería disparatado prescindir.

En cuanto a las prestaciones económicas debo decir que en mi opinión las pensiones deberían a empezar a organizarse muy rápidamente sobre un esquema de capitalización. Pero habrá que tener en cuenta todo lo que son las pensiones ya vivas, por decirlo así, que serán pensiones de subsistencia, de personas que nunca han contribuido realmente y que por un esquema de solidaridad, de transferencia dentro del estado, deberían ser capaces de subvencionarse. A esas personas que tienen más de 60 años en el caso de Cuba, realmente habrá que darles una oportunidad. Luego, puede uno hacer todas las reformas que quiera en el sistema público, ya que el nuevo sistema público debe ser también de nueva planta y debe estar basado en la capitalización.

No aconsejaría, y sé que esto es duro decirlo, la introducción inmediata de un subsidio de desempleo generoso. Creo que el peligro que hay de que alrededor de un 30% de personas de la población activa (que están viviendo en el margen, que van a encontrar bastantes dificultades para mentalizarse de nuevo en la disciplina de trabajo, en acudir todos los días al trabajo), en el caso de que exista un subsidio generoso, como ha pasado por ejemplo en Alemania Oriental, puedan quedar enfeudadas en esa situación, esa especie de trampa de inactividad y de pobreza, es bastante grande. Y sé que esto es muy duro decirlo pero yo sería partidario de ir introduciendo el subsidio de desempleo de manera muy modesta y progresiva hasta el momento en el cual ya se viera que la utilización de los recursos humanos dentro de la economía era lo suficientemente amplia como para que ya el subsidio funcionara sobre una base actuarial, una base de seguro razonable y no sobre la base en la que podría funcionar ahora.

Todo esto que acabo de decir va a parar a la necesidad de algo que ninguno de los presentes parece haber sentido o al menos haber aludido a ello. Me

refiero a una reforma fiscal. Es absolutamente imposible hacer esto, organizar un estado moderno, garantizar el funcionamiento de la democracia, hacer las necesarias infraestructuras públicas aun cuando muchas de ellas, puertos, aeropuertos u otras que tengan tasas de retorno privadas puedan encomendarse al sector privado, sin disponer de un sistema de recursos públicos suficiente, que en este momento no existe puesto que en última instancia el presupuesto es prácticamente igual que la contabilidad nacional. Las empresas públicas son el estado: ahí están los ingresos, ahí están los pagos. No existe un auténtico sistema tributario, no existe un auténtico sistema fiscal y no existe un auténtico sistema presupuestario. Todo lo cual es absolutamente crucial.

Creo, sin embargo, que Cuba tiene muchas ventajas para que esta transición pueda ser un éxito una vez puesta en marcha. No me atreveré a decir cuándo se pondrá en marcha ni cuáles son las condiciones necesarias para que se ponga en marcha. Yo soy de aquellos que piensan que a pesar de los muchos fallos que tiene el régimen actual, a pesar de la enorme falta de credibilidad que tiene en lo que son sus propósitos de modificar la situación actual y gobernar para el interés de la mayoría de la población, a pesar de las enormes dificultades que supone tratar con la dialéctica leninista de un partido comunista caribeño, a pesar de todo ello, creo que merece la pena hacer el esfuerzo de reforma y transformación, porque es tal el premio si uno consiguiera persuadir nada más que mínimamente a Fidel Castro de que hay que empezar a cambiar ya; que yo he mantenido siempre esa posición, aunque dentro y fuera de la isla, en Cuba y en España, he sido criticado, y hasta el final de los días la seguiré manteniendo. En algún momento esa transformación se pondrá en marcha y cuando se ponga en marcha tengo la convicción de que va a ser un proceso relativamente rápido, con pocos costes económicos y sociales como he dicho antes, y seguramente también con muchas ventajas. Las ventajas que proporcionará comparativamente la existencia del exilio, del capital cubano que va a volver; las ventajas de la isla para captar capitales, las posibilidades de alcanzar otra vez tasas de crecimiento muy rápidas contando con uno de los capitales más importantes que sin duda es que la economía cubana está llena de cubanos. Y eso es algo muy importante. No les quepa a ustedes la menor duda. Yo he conocido pocos pueblos más conscientes de lo que representa, primero, la oportunidad personal individual, integrada dentro de la oportunidad colectiva de un pueblo que se está haciendo a sí mismo; a mí me parece que tan pronto como en Cuba se deje la libertad, se deje la posibilidad de que la gente tome posiciones, asuma riesgos y esto lo haga de una manera que parezca gratificante y satisfactoria para ella, en lo individual y para el conjunto, la eclosión de crecimiento y de bienestar de la isla va a ser absolutamente extraordinaria.

CARMELO MESA LAGO. Yo estoy plenamente de acuerdo con la mayoría de ustedes en que el tipo de modelo general que se implantará en la Isla será una decisión de los cubanos de adentro. Pero al mismo tiempo, en vista de la experiencia mundial, Cuba va a depender, en parte, de la ayuda que otorguen los organismos financieros internacionales, y estos van a establecer condiciones. Y

si hay una apertura aun mayor a la inversión extranjera, esto impondrá otras limitantes en cuanto al modelo a implantar y al papel del mercado. Para mí, y creo que para todos nosotros, el mercado debería jugar un rol predominante, el punto debatible es cuál va a ser el rol del Estado. Y ahí es donde operarán esos limitantes fundamentalmente externos. En otro tema, no estoy de acuerdo con Carlos Solchaga y con José Juan Ruiz sobre que ya realmente el costo social de la crisis ha ocurrido. Sí creo que ya ha tenido efecto el impacto de uno de los dos factores del ajuste, el factor externo, o sea, la pérdida de la ayuda y del comercio con la Unión Soviética y el CAME, también la reestructuración del comercio está teniendo lugar. Pero debemos hablar de dos transiciones en Cuba, ya ocurrió la primera transición y el primer ajuste, pero no ha ocurrido todavía la segunda, que será cuando se liberalice más la economía y crezca más el mercado. Mientras más próximo el modelo al mercado, mayor será el coste social del segundo ajuste durante la segunda transición, mientras que si se toma una posición intermedia, será menor. Pero no hay duda que ocurrirá una segunda transición y un segundo ajuste. Estoy de acuerdo con Carlos Solchaga en que el deterioro económico social de los 90 ha reducido trágicamente las expectativas de los cubanos. La caída de la pensión real (la pensión promedio mensual es de 90 pesos, al cambio de 20 pesos el dólar equivale a 4.50), la reducción del salario real, la disminución del poder adquisitivo, el deterioro de los servicios sociales, ya han ocurrido, y recortado consiguientemente las expectativas del pueblo. Pero todavía puede producirse un deterioro peor, especialmente si se aplica un modelo de ajuste ortodoxo o una terapia de choque.

Con respecto a las áreas con potencial económico en el futuro, todos estamos de acuerdo en que el turismo es crucial, pero se nos ha escapado la importancia de la agricultura, tanto para consumo interno como para exportación. La reforma económica china arrancó con una tremendamente exitosa transformación del sector agrícola y hoy en día la agricultura de ese país es floreciente y está en manos no estatales. No estrictamente privadas o individuales, pero sí administradas por familias, aldeas, grupos de trabajadores, cooperativas, etc. Si se hace lo mismo en Cuba o se va más allá que China y se pone énfasis en la privatización individual, ocurrirá un notable incremento en la producción agrícola. Además, Cuba goza de ventajas climáticas y de la tierra laborable que no tiene China. Así que la Isla no sólo podría ser autosuficiente en alimentos, sino también convertirse en una gran exportadora de frutas, de hortalizas, etc. al mercado mundial, a los Estados Unidos, Canadá, la Comunidad Europea, Japón, etc. Cuba desarrolló una industria pesquera importante, aunque desgraciadamente ahora sufre un serio deterioro. Esa industria hay que recuperarla, y con los debidos elementos de productividad, tecnología, e incentivos, Cuba podría ser un gran exportador de pescado y mariscos. Se habló también de los servicios y en ellos Cuba podría, por su experiencia especialmente en servicios sociales ser también una exportadora.

La reforma del sector social es el último punto que voy a discutir. Estoy plenamente de acuerdo con Carlos Solchaga en que hay que preservar lo más

posible la red de servicios sanitarios y la educación. Cuba es uno de los dos países en América Latina que tiene un sistema nacional de salud con cobertura universal. Sin embargo, casi todos los países del Caribe no latino tienen un sistema nacional de salud que yo he demostrado que tiene un impacto beneficioso enorme; de hecho, estos países tienen indicadores de salud muy parecidos a los de Cuba. Definitivamente el sistema nacional de salud es un factor integrador, igualador, de atención universal y resultados positivos, pero es imperativo aumentar su eficiencia ya que el sistema actual es extremadamente ineficiente, y muy intensivo de capital, lo que lo hace muy costoso. Es necesario, por tanto, incrementar la productividad del sistema, focalizar mejor los recursos, y reducir los costos, tratando de preservar la universalidad y mejorar la calidad de la atención actual. Esto nos lleva al tema de la liberalización de la medicina. Aquellos que pueden pagar un servicio mejor, deben tener la oportunidad de recibirlo en el sector privado, o sea, focalizar los aspectos fundamentales de la salud en el sector público, pero darle la opción a los que tengan recursos para poder tener una calidad de servicio mejor. Y lo mismo podemos decir respecto a la educación.

En cuanto a las pensiones, no estoy de acuerdo con Carlos en que Cuba deba tener un sistema de capitalización plena, individual y privado. Creo que el modelo chileno no es adecuado para Cuba, y sería más apropiado un sistema mixto que integrase un programa público con capitalización parcial colectiva o reparto, pero con solidaridad, y un programa de capitalización plena e individual, para que se combinen elementos importantes de ambos sistemas. Pero lo más crucial será el primer pilar, o sea, crear una red asistencial de emergencia, para el grupo de pensionados actuales y los que se retiren con derechos adquiridos bajo el sistema actual, y aquellos cuyo nivel de ingreso sea inferior a la línea de pobreza. Para esto se requiere ayuda internacional ya que Cuba carecerá de recursos para financiar dicha red. La misma es esencial para facilitar la reforma económica, mantener la paz social durante la segunda transición y promover una democracia estable.

CARLOS QUIJANO. Quisiera aclarar algunos puntos. Alberto mencionaba la posibilidad de un *currency board*. Sí, es posible, como una posibilidad de futuro. Pero creo que al principio habrá que ser más flexible, a ver dónde verdaderamente están las ventajas comparativas o dónde se va a situar el tipo de cambio real. Un tipo de cambio nominal fijo, como decía anteriormente sobrevaluado o subvaluado puede causar problemas macroeconómicos y financieros muy serios. El punto no es cuál sería la política cambiaría a largo plazo: tipo de cambio fijo o tipo de cambio flotante. Sino cuál debe ser la política de cambio durante la transición.

Con respecto a lo que Cuba podría producir en el futuro, no sabemos. Sí, Cuba tradicionalmente ha producido y exportado tabaco, azúcar y níquel, pero también tenemos que recordar que antes de 1959 la economía cubana hasta cierto punto era una economía de rentas, o sea, la industria azucarera estaba en manos privadas pero estaba totalmente regulada, y la mayoría del resto de la economía cubana estaba también bastante regulada, mucho menos

que ahora pero había bastante regulación. Así que en materia de qué es lo que puede producir Cuba después de una transformación hacia una economía de mercado lo más lógico es que sea turismo, lo más rápido, azúcar, pero a largo plazo no sabemos. Lo que la experiencia nos señala es que aquellos países que han optado por una economía abierta y competitiva han aumentado sus exportaciones tradicionales y además han incorporado a sus exportaciones una extensa lista de productos nuevos.

Con respecto a los problemas de cómo proteger la seguridad social, yo simplemente quisiera aclarar dos puntos: primero, tiene que ser un sistema financiable, es decir, sin financiamiento adecuado no es posible ni recomendable porque el resultado sería un desequilibrio financiero de severas consecuencias. Segundo, tiene que estar bien focalizado, sinceramente, que vaya a los más necesitados y a los grupos más vulnerables. Estoy de acuerdo con Carlos Solchaga en que posiblemente la cifra de desempleo abierto va a ser grande, mayor inclusive de lo que existe ahora : las personas que están activas en el sector privado, posiblemente van a cesar como auto-empleados ya que ésta es una actividad que proviene de las diferencias de rentas. Así que no es solamente el despido resultado de las reestructuraciones de las empresas públicas, pero yo creo que eso va a ser un problema de muy corto plazo. Además, por eso como decía anteriormente la ayuda extranjera es importante para establecer un red de seguridad eficiente y eficaz.

Carmelo nos recordaba que Cuba tendría que jugar con las reglas del juego de los organismos internacionales, yo creo que esto es correcto. Hay pocas posibilidades de que en Cuba se puedan resolver los problemas económicos y financieros si no se reincorpora a las Instituciones Financieras Internacionales. En ese sentido José Juan nos señalaba que el Club de París resolviera el problema de la deuda externa. Eso puede ser muy difícil sin la ayuda financiera multilateral. José Juan también mencionaba que el futuro de Cuba puede depender mucho de los desarrollos económicos en América Latina. Sí, pero recordemos lo siguiente, que América Latina más bien está tratando de integrarse a la economía norteamericana. Ahí tenemos el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), y ahí tenemos la propuesta de creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). En consecuencia, Cuba tendría una ventaja, cercanía de mercados, lo que llamamos externalidades.

Yo quisiera compartir cierto optimismo hacia el futuro. Es probable que el proceso de transformación y cambio de régimen económico va a ser un proceso difícil y complejo, en el que algunas de las políticas van a funcionar y otras no, pero sí creo que hay ciertos elementos para tener cierto optimismo. Uno es la cercanía geográfica al mercado más grande y tecnológicamente más avanzado del mundo. Dos, el capital humano existente y la capacidad del pueblo cubano de adaptarse rápidamente. Además, hay aproximadamente más de dos millones de cubanos en el exterior. Quizá el aporte de esos dos o tres millones sea mucho menor de lo que pensamos en ese futuro, pero les recuerdo también que esto no es la primera vez que pasa en la historia de Cuba. Hubo un momento en que un 10% de la población cubana residía en el exterior, y

gran parte de ella regresó al inicio de la República. Estamos viviendo en un mundo de grandes cambios y no me extrañaría que después de la apertura y visto desde un prisma económico y las oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías y la alta densidad de transporte y comunicaciones, vamos a presenciar la formación de un mercado homogéneo a través de los estrechos de la Florida y Yucatán.

Ahora, el último punto, sobre la transición, el choque y la transformación. Yo creo que el ajuste de la economía interna al factor externo ya se produjo. Pero ese ajuste no ha sido acompañado de una transformación. Son dos cosas diferentes. El coste del ajuste al factor externo está ahí: la caída en la producción y el ingreso. Pero no ha habido transformación. En síntesis, no han ocurrido cambios fundamentales en la estructura de costos e incentivos así que va a haber también un coste de la transformación y hay que estar consciente y afrontarlo. La contrapartida de la transformación podría ser una rápida recuperación y el principio de un crecimiento económico sostenible con equidad y eficiencia.

ALBERTO RECARTE. Siguiendo con el tema de los choques, yo creo que ha habido ya un choque negativo que es efectivamente el de la desaparición del subsidio soviético, el del ajuste del comercio exterior, pero creo que falta por hacer el gran choque en la economía que es el de permitir que jueguen los precios libremente y creo que vamos a ver la destrucción de una gran parte de la industria, y la destrucción de todos los servicios. Que no es así que no existan. Existen, todos ellos suministrados por el estado y suministrados deficientemente por personas que hoy todos son funcionarios directa o indirectamente. Y tienen que dejar de serlo y eso es una transformación radical para millones de personas. Ese ajuste negativo y ese coste terrible que falta por asumir, yo creo que si las medidas se toman desde el principio existe la posibilidad de compensarlos con otros dos choques positivos, uno es el de la transformación de la agricultura en el cual hay ejemplos claros y determinantes de que la libertad produce suministros alimentarios suficientes para mantener a la población, y creo que, si se permite la libertad y se reparte la tierra, rápidamente volvería a recuperarse a toda velocidad, y falta otro y es el que puede producir el empleo creado directa o indirectamente por el turismo y por algunas inversiones extranjeras en otros sectores. Con una gran carencia que en Cuba va a ser mucho más acusada y que puede hacer que este ajuste positivo pueda ser muy limitado, y es el de la carencia de infraestructuras. Yo no sé hasta qué punto la economía cubana no se va a ver estancada casi desde el principio por la carencia de infraestructuras, que necesariamente llevan mucho tiempo algunas de ellas para desarrollarse, y yo creo que en este momento ésa es la gran limitación. En relación con los temas de sanidad y educación quiero simplemente recalcar que aquí hay una tradición que viene de antes del castrismo que es lo que le ha permitido a Cuba transformar algo que ya tenía y hacerlo universal e ineficiente.

Un inciso en lo que respecta a las relaciones hispanocubanas. España es el gran beneficiado comercialmente con el embargo. Es el primer socio comercial de Cuba y yo calculo que un 70 o un 80% de esas relaciones hispanocubanas

con el levantamiento del embargo desaparecerán. Al mismo tiempo, han surgido en los últimos cinco o seis años por primera vez un conjunto de empresas españolas que tienen capitales, lo cual es un fenómeno extraordinario, y que están invirtiendo masivamente en Iberoamérica. Creo que aquí hay una posibilidad de unas relaciones hispanocubanas para el futuro fundadas en la inversión, no fundadas en el comercio, y no sólo en el sector financiero, sino en muchísimos sectores, en telefonía, en petróleo, en infraestructura, en la prestación de servicios básicos, en los cuales hay capitales españoles y en los cuales el coste de oportunidad de operar en español y de transmitir tecnología en español se está demostrando en el ejemplo de los países iberoamericanos que es importantísimo. Y creo que en el caso de Cuba, al igual que ha ocurrido en otros países de Iberoamérica, puede ser muy importante. Puede ser muy importante para una Cuba que va a ver un 80% de su comercio directamente con Estados Unidos.

En relación con el tema de las industrias, lo que va a sobrevivir o no; por ejemplo la mención que hace Carmelo Mesa Lago de la industria pesquera, yo creo que es una equivocación. La industria pesquera cubana se desarrolla con una enorme cantidad de capitales suministrados por España sobre la base de la compra de barcos muy sofisticados, de convenios pesqueros favorables con países del tercer mundo, convenios que hoy no existen, y con la explotación de una mano de obra esclava precisamente en el sector pesquero. Otra cosa es el tema del marisco, el aprovechamiento de recursos naturales, creo que lo otro es un ejemplo de invento, al igual que fue la formación de médicos para que resolvieran el problema exportándolos a cambio de obtención de divisas.

Sí apoyo la propuesta de pensiones de capitalización pura desde el principio, porque además creo que el estado cubano no tendrá recursos. Otra cosa es que tengan que existir medios para evitar la pobreza extrema. Pero ahí ya no estamos hablando de pensiones, estamos hablando de una red mínima para evitar la miseria.

Y en relación con otro tema, yo no he propuesto un *currency board*. ¡Dios me libre, no! Porque no creo en los *currency board*, creo que es un instrumento que está a medio camino entre lo que es tener moneda nacional o no tenerla. Yo lo que creo es que Cuba tiene una oportunidad histórica para renunciar a la moneda nacional. Que creo que no es necesaria y que introduciría unas tentaciones en este momento a cualquier gobernante que al final se volverían en su contra. Además, creo que de hecho va a estar tan integrada a la economía norteamericana que es el momento de aprovechar directamente lo que ya ha supuesto la circulación del dólar en la economía. Es el momento de no hacer una moneda nacional.

JOSÉ JUAN RUIZ. Yo haría básicamente tres comentarios. El primero sobre la salud patrimonial del Estado cubano, el segundo sobre los costes de la transición, y el tercero sobre la propuesta de tipo de cambio realizada por Alberto Recarte.

El primero de los comentarios es que si estamos previendo una transformación hacia una economía de mercado, el proceso tendríamos que contemplarlo partiendo de la situación patrimonial de la economía cubana. En

principio, uno podría suponer que en el activo de ese balance hay que colocar el valor de mercado de los activos reales y financieros actualmente existentes, y el valor de mercado de los derechos de propiedad que el Estado irá creando a medida que se vayan transfiriendo activos y áreas de actividad al sector privado doméstico o internacional. En el pasivo, estaría el valor de mercado de los compromisos del Estado con la sociedad cubana —pensiones, sanidad, educación, desempleo, etc.— así como el servicio de su deuda interna y externa. Estáticamente, no hay duda de que la actual situación es insostenible. Dinámicamente, las perspectivas son mucho mejores: a medida que se produzca la «desamortización» de la riqueza cubana —es decir, el paso de los activos y derechos desde el Estado al sector privado— el sector privado transferirá en pago recursos financieros a las arcas del Estado, y, si se hace bien, consolidará la sostenibilidad del crucial papel que aquel tiene en toda economía de mercado.

Como ha señalado Carlos, encajar estas piezas exige tener un sistema financiero mínimamente desarrollado y una gestión presupuestaria adecuada. Pero es que además, en el caso cubano existe la oportunidad histórica de crear, sobre nuevas bases, los mecanismos de financiación del Estado de Bienestar que tan cruciales serán a lo largo de la transición. Ciertamente, no es nada novedoso. Es lo que ya han hecho otros países latinoamericanos. La experiencia de Chile, que aquí se ha citado en algún momento, es oportuna. Chile fue capaz de montar un sistema de capitalización de pensiones por dos motivos. En primer lugar porque en su sistema de reparto, el valor actual neto de sus obligaciones con sus ciudadanos tras las elevadas tasas de inflación de los primeros ochenta era prácticamente nulo. Y, en segundo lugar, porque a través de las privatizaciones obtuvo los recursos financieros para hacer la dotación inicial de capital que permitió la puesta en marcha del nuevo sistema. En mi opinión, la enorme transferencia de riqueza desde el Estado al sector privado que se tiene que producir para que Cuba sea una economía de mercado sería bueno que, en contrapartida —y en marcado contraste con lo que ha sucedido en Rusia— sirviese para asegurar los mecanismos de solidaridad, y, además, para desarrollar algo que a Cuba le va a hacer falta: unos mercados financieros desarrollados. Teniendo en cuenta la situación geográfica de la isla, y la tantas veces mencionada calidad de su stock de capital humano, no sería un disparate tratar de convertirse en uno de los centros financieros off-shore del continente, que llegue a aportar hasta el 10%-15% de su PIB anual.

La segunda observación es sobre los costes de la crisis económica cubana. ¿Se han pagado ya todos, o, por el contrario, todavía quedan facturas pendientes?. En mi opinión, lo que se ha producido es el ajuste a la eliminación del subsidio. Ahora lo que queda es penar con el sistema ineficiente que existe. En la medida en que siga existiendo ineficiencia en la economía es evidente que los costes se pueden agravar por dos razones: primero porque estas situaciones son siempre dinámicas —ocurre como en Alicia en el país de las maravillas: para quedarse donde uno está, hay que estar permanentemente corriendo— y, en segundo lugar, porque aunque el entorno —en función de una serie de factores que sinceramente no soy capaz de imaginar —ya no

fuese a empeorar, la sociedad cubana seguiría acumulando y soportando los costes de oportunidad de no haber realizado el ajuste. Tómese el ejemplo de la «economía dólar» —que ciertamente no debería ser el modelo a emular en el futuro— y adviértase que pese a todas las restricciones legales bajo las que opera ha sido capaz de alcanzar ya un peso que probablemente es mayor que el de la propia economía oficial. Quizás ello sea la mejor prueba de que la no-realización de las reformas supone que el nivel de bienestar del país sea mucho menos saludable del que podría ser.

Para acabar, dos breves menciones al tema del tipo de cambio y al tema de la moneda nacional. Yo creo que la moneda nacional es algo que, además de un innegable valor simbólico, tiene utilidad. A mí me parece que Cuba en estos momentos cometería un tremendo error si adoptase un «Currency Board», o sea, vincular su moneda al dólar mediante un tipo de cambio irreversible. Aunque sea un sarcasmo, precisamente eso es lo que ha hecho en los últimos cuarenta años, y, como se puede comprobar esa treta no ha servido para mucho. Para mantener un régimen cambiario de esas características se necesita tener reservas internacionales, y, en el caso de Cuba, se me ocurren usos alternativos muchos más rentables que dedicar los dólares al mantenimiento de una predeterminada paridad cambiaria. Posiblemente, eso sea necesario en una fase ulterior del proceso de transición —una vez que la estructura de precios se forme en mercados competitivos, y, por tanto, responda a la estructura de precios internacionales y a la dotación interna de recursos— pero por el momento, la prioridad quizás debiera ser el evitar nuevos dogmatismos ideológicos. Teniendo en cuenta lo que a Cuba le queda por hacer, y los shocks a los que se va a ver enfrentada, no es mala idea preservar una cierta discrecionalidad sobre el tipo de cambio, a fin de que este absorba algunas de las perturbaciones. Los problemas de la transición son lo suficientemente complicados como para además atarse una mano a la espalda. Las manos a la espalda hay que atárselas, cuando ya no quede otra alternativa.

CARLOS SOLCHAGA. Voy a tocar también dos o tres puntos, y en algún caso hacer alguna aclaración. La primera cuestión que parecen decirnos tanto Carmelo, como Carlos Quijano, es: no confíen ustedes en que el coste del deterioro ya está asumido, que el deterioro no puede llegar a más. Y yo creo que si yo fuera cubano y estuviéramos hablando de Cuba seguramente compartiría su punto de vista. Mire usted, nos han pasado tantas cosas que es imposible que no nos pasen todavía cosas peores, ¿no? Pero trataré de explicar por qué no creo que esto sea así. La segunda parte que me interesa aquí y en la que seguramente mis dos críticos ya parten caminos es que Carmelo de esta consecuencia de que el deterioro o el choque a la baja del PIB y de las condiciones sociales no ha tocado fondo, parece deducir la necesidad de evitar una terapia de choque en lo que se refiere a la transformación económica, en tanto que me temo que Carlos Quijano no compartiría este segundo punto. Yo, a esta visión le tengo cierta simpatía, la comprendo muy bien. Sin embargo, mi posición sería primero, creo que sí que hemos tocado fondo en la mayor

parte de los casos, y creo sin embargo que eso nos permite tener una terapia de choque pero con una matización a la que luego me referiré. Primero, no puedo imaginar qué es lo que puede pasar de malo si a partir de mañana los ciudadanos cubanos pudieran o autoemplearse o emplear a otro. ¿En qué medida esa situación habría de perjudicar la situación actual?. O cogerían a alguien de una empresa pública que está trabajando, y ello sería porque a él le interesa ganar más, o cogerían a alguien que es redundante y hace como que trabaja. La aportación al producto interior bruto sería mayor y la aportación a su propia renta personal sería mayor.

¿Cuánto se puede sacar de esta asignación más eficiente de recursos como consecuencia de la libertad del cambio? Quizá, un poquito nada más porque antes o después vendrá la restricción del exterior, ¿no? Antes o después la realidad se impondrá. Mire usted, usted quiere ser pintor, pero como no fabricamos pinturas en Cuba, y no hay más pintura que la que el cupo de importación permite, si usted es un buen pintor, y va buscando su propio beneficio, la utilizará de manera económica, imaginará la forma de combinar la cola con el agua y la pintura para que le salga mejor. Hará cosas que el funcionario del estado, en la fábrica de pinturas, no hace. Todo eso está bien. Pero al final podremos pintar tantos kilómetros cuadrados de superficie porque eso es lo que permite la utilización más eficiente del cupo de pinturas que importamos.

Pero hay que tener en cuenta que en cualquier apertura de la economía, cualquier transformación, en la medida que vaya acompañada, como sin duda ha de ir la cubana, de importantes ayudas internacionales (aunque condicionadas), pero sobre todo de una legislación sobre inversión extranjera mucho más liberal (o al menos tan liberal como la actual pero no sujeta al reglamento); en esas condiciones hay que pensar que la restricción exterior habría de disminuir. Pues bien, en ese contexto, no imagino yo cómo los procesos de transformación sistémica habrían de empobrecer a la gente. Podría dar la sensación psicológica o la apariencia, de que esto es así porque al fin muchos trabajadores habrían de reconocer que en realidad eran redundantes si empezaba a hacerse una cosa que nosotros hemos propuesto alguna vez a las autoridades cubanas: que se vayan declarando líneas de actividad, empresas y fábricas como privatizables, cooperatizables o cerrables. Podría producirse esa sensación de «hombre, yo sobra y hasta ahora no me había enterado; aunque eso sí, iba todos los días a la fábrica y no tenía nada que hacer,. naturalmente al final de mes me pagaban doscientos pesos y tampoco tenía nada que hacer con ellos. Y por tanto resolvía todos los días en la calle lo que podía». Pero admitámoslo, quizá esa sensación habría de ser mala, y en ese sentido no es inimaginable que determinados aspectos del proceso (sacar a la superficie, tratar con total descaro, con la dureza propia de una transformación sistémica, sin ningún tipo de consuelo humanitario por decirlo así, estas situaciones), pudieran producir un deterioro psicológico de la situación, que no un deterioro real.

Una cosa que está muy relacionada con esto que tiene que ver con los servicios sociales. Es verdad que en estos momentos la sanidad, la limitación primera que encuentra, la restricción que es limitativa, es la falta de fármacos o del ins-

trumental necesario para el desarrollo de la cirugía. No es que falten médicos. Un médico te puede mirar al fondo del ojo y decir: «Tiene usted tal cosa». «Y ahora ¿qué hago doctor?» «Pues ahora nada porque no tenemos cómo tratarle». ¿No?, ésta es la realidad. Claro que podría ser mucho peor si además de esto uno llegara al dispensario, o uno al hospital, y se encontrara con que los médicos no estaban porque se habían ido todos al sector privado. No es que realmente si estuvieran allí les habrían de dar mucho mejor servicio que ahora, pero la sensación de fracaso social, la desmoralización colectiva que habría de suponer la idea de contar con un servicio social en el que ya no están ni los médicos (con la consigna de que el último apague la luz al salir), eso podría ser tremendo.

Todo esto me lleva a una cosa. Mi opinión, dado este análisis que hago y en el que puedo equivocarme ciertamente, no es que lo que necesitamos, como sugiere Carmelo, es moderar la terapia de choque a través de un sistema gradual: lo que necesitamos es una terapia de choque de verdad, pero al mismo tiempo, en vez de hacer el énfasis político en el tema del mercado y del sector privado, que eso lo hará la sociedad por sí misma, eso lo hará todo el mundo porque estará deseando salirse de su viejo encuadramiento dentro de la producción del sector público, pongamos el énfasis político en que funcione bien el estado que tiene que quedar. Hagamos énfasis en que pase lo que pase con los médicos que se van a salir de los hospitales y del sistema sanitario público, sin embargo, los hospitales van a funcionar mejor que antes. Hagamos énfasis en que así va a funcionar la enseñanza pública. En que las pocas cosas que van a quedar en el estado, en fin, por contraste con esa concepción de la producción general de bienes y servicios tanto públicos como privados por el estado en la situación actual, que ésas pocas cosas funcionen bien.

Creo que eso es absolutamente crucial, y que sería novedoso respecto de todos los problemas de transformación sistémica o de ajuste estructural que se han llevado en Latinoamérica, y que están llevando en estos momentos tanto al Banco Mundial como al Banco Interamericano como al propio Fondo Monetario Internacional a reconsiderar el papel del estado, porque se habían pasado, en reducir y desprestigiar el papel del estado. Y en el caso de Cuba no hace falta pasarse. Cuando le digan a la gente: «Es usted libre. todo el mundo es libre», no van a necesitar decirle a la gente «venga usted al mercado que es estupendo». ¡Si la gente se va a ir hacia ello! El problema está más bien en decir es usted libre, pero le garantizamos que los servicios públicos, aquellos en los que vamos a poner más énfasis, siguen funcionando.

En ese sentido es donde quisiera matizar mis consideraciones sobre las interpretaciones que se han hecho sobre ellas en relación con las pensiones; porque una parte del servicio público también es pagarle lo que sea, lo que se pueda, a las personas de la tercera edad que ya han adquirido un derecho y en estos momentos lo están ejercitando con una pensión pública, durante el período transitorio en que sigan sujetos al viejo esquema. Yo estoy persuadido de que no hay mejor oportunidad para un país que empiece de cero prácticamente como éste para hacer un sistema de capitalización de pensiones. Creo que es un sistema justo y creo que la solidaridad de ese sistema se debe hacer

mediante el complemento a través de lo que podríamos llamar una pensión de subsistencia para aquellos que no han podido cotizar, y desde luego que en este momento y durante un período relativamente prolongado (en este caso siempre estamos hablando de generaciones enteras) debería también dar cobertura a aquellos que están ya o en la población pasiva percibiendo una pensión o van a adquirir ese derecho en los próximos años mientras no exista una capitalización suficiente. Por lo tanto, el sistema que yo estoy proponiendo no es muy distinto del que propone Carmelo, es un sistema también mixto. Pero lo que creo es que en ese sistema mixto la primera parte, que va a ocupar no sé qué porcentaje del PIB, irá contrayéndose con el tiempo, y la segunda parte, la que está basada en la capitalización, acabará cogiendo la mayor parte del universo de jubilados.

Dos cosas más. Una en relación con el tema de la especialización. Yo a esto no le daría mucha importancia. Parece que las estructuras productivas cambian con el tiempo y que uno de los mayores errores de los políticos es cuando se han dedicado a escoger ganadores y perdedores y decir qué es lo que se debía hacer. Al final, podríamos volver a Lenin, «el comunismo es los Soviets más la electricidad». Yo dejaría que la libertad se impusiera, convencido de una cosa, y ustedes me van a perdonar que lo diga con esta franqueza: si alguien está destinado a ser un país TLC es Cuba, mucho más que México. Y por tanto yo creo que hacia ahí habrán de gravitar las cosas y dentro de ese contexto que es muy amplio, con libertad en la asignación de recursos, la especialización se producirá de manera natural sin que tengamos que preocuparnos hoy por ello. En ese contexto también estoy de acuerdo con una cosa que ha dicho Alberto Recarte. Las relaciones entre Cuba y España no habrán de estar basadas sobre todo, como hasta ahora parece, en los intercambios comerciales. Lo importante que puede hacer España por Cuba y lo importante también para nosotros desde el punto de vista de nuestras relaciones con Cuba, lo que nos puede atraer crecientemente, son las inversiones. Naturalmente que todas las inversiones llevan aparejado un incremento en los flujos comerciales, como todos sabemos. Pero desde luego yo creo que España en relación con Cuba va a ir modificando su estrategia, no es que lo vaya a hacer el gobierno, por fortuna; ni éste ni otro, pero particularmente es bueno que éste no lo haga, ¿no? A la vista de las cosas que ha venido haciendo en relación con Cuba. Pero la gente lo que va a hacer es lo que estamos haciendo en otros lugares. Nadie está pensando que nuestras relaciones con México, con Argentina, van a depender en el futuro fundamentalmente de los intercambios, de si nos venden petróleo a cambio de otras cosas. Sino que lo importante es que están allí las petroleras, las compañías de telecomunicaciones españolas, y las compañías eléctricas y que éstas a su vez traen con ellas todo un flujo de nuevas inversiones y de intercambios comerciales de gran importancia. En ese sentido creo que le daría toda la razón a Alberto Recarte. Eso es todo.